

Por tí al eterno Padre conozcamos,
Y al Hijo, soberano omnipotente,
Y á tí, Espíritu, de ambos procedente,
Con viva fe y amor siempre creamos.
Toda gloria sea dada al Padre eterno,
Y al Hijo, de la muerte victorioso,
Y al soberano Espíritu amoroso,
Ahora y siempre y por siglo sempiterno.

TRADUCCION DEL CÁNTICO *MAGNIFICAT*.

Alaba y engrandece
A su Dios y Señor el alma mía,
Y en mi espíritu crece
El gozo y alegría
En Dios, mi Salvador, en quien confía,
Y porque se ha dignado
Mi baja condición mirar clemente,
Mi nombre celebrado
Será de gente en gente,
Llamándose dichosa eternamente.
El poderoso y pío,
Que Santo es su renombre y ornamento,
Ha obrado en favor mio
Maravillas sin cuento,
Que exceden todo humano entendimiento,
Y su grande clemencia
Se extenderá propicia eternamente
A toda descendencia,
Con tal que toda gente
Le doble la rodilla reverente.
De fortaleza y brío
Armó su brazo excelso poderoso,
Y confundió al impío
Soberbio, presuntuoso,
En sus designios vanos orgulloso.
De la encumbrada silla
Derribó al poderoso y engreído,
Y á la plebe sencilla
Del estado abatido
Hasta el sódio de gloria le ha subido.
Colmó al necesitado
De bienes soberanos con largueza,
Y al rico, confiado
En su falaz riqueza,
Dejó vacío en mísera pobreza.
En gracia ha recibido
A Israel, recordando su clemencia;
Como hubo prometido
A la antigua creencia,
A Abraham y su larga descendencia.
Al Padre sea la gloria,
Al Hijo y al Espíritu, cantada
En eterna memoria,
Como siempre fué dada
Y será por los siglos tributada.

TRADUCCION DEL HIMNO *TE DEUM*.

A vos, Señor, por Dios os alabamos,
Y vuestro señorío
Sobre todas las cosas confesamos,
Padre eterno de inmenso poderío
Os venera la tierra
Y cuanto el orbe encierra.
Por angélicos coros sin reposo,
Los cielos y las altas potestades,
El querubín y serafín gozosos,
Con incesante canto
Os entonan el Santo, Santo, Santo;
Señor de los ejércitos terrible.
Cielo y tierra rebosan vuestra gloria
Y majestad; el coro glorioso
De apóstoles, el número plausible
De profetas y ejército invencible
De mártires triunfantes
Os alaban constantes.
La Iglesia, por el mundo difundida,
Os confiesa por Padre omnipotente,
Y á vuestro venerado

Unigénito Hijo coeterno,
Y al Espíritu Santo juntamente.
¡Oh ngido del Señor! ¡Oh Cristo amado!
Tú eres Rey de la gloria,
Hijo eternal del Padre sempiterno.
Tú, habiendo de tomar el sér humano
Para librar al hombre, que criaste,
Con ser inmenso, no te dedignaste
De la estrecha clausura
De las entrañas de una virgen pura.
Tú, vencida la muerte, nos abriste
Con poderosa mano
Las puertas eternas,
Que la culpa fatal habia cerrado
A todos los mortales.
Tú á los cielos subiste,
Y á la diestra del Padre estás sentado,
Y vendrás, como juez justo y severo,
A juzgarnos el día postrimero,
Día terrible y triste.
Por tanto, ahora postrados,
Favor pedimos los que redimiste
Con tu sangre preciosa;
Haz que en suerte dichosa
Con tus santos seamos numerados.
Salva tu pueblo y la heredad preciosa
Que por propia elegiste,
Y hácia tí nos dirige eternamente
Con devota porfía.
Cada día tu nombre bendecimos
Y por todos los siglos le alabamos.
Guádanos sin pecado en este día;
Piedad, Señor, piedad á tí pedimos,
Y así como de tí siempre esperamos,
Tu gran misericordia consigamos.
En tí espero, Señor, continuamente;
No seré confundido eternamente.

A UNA PINTURA CONFUSA DE LA GLORIA.

OCTAVA.

Una rara vision, que representa
Un conjunto de varias confusiones,
En color de azafran y de pimienta,
Donde, á costa de muchas atenciones,
Sólo nota la vista más atenta
Manos, patas, cabezas, piés y alones,
¡Por qué motivo se ha de llamar gloria?
¡No era mejor llamarla pepitoria?

A UN ORADOR CONTRAHECHO, ZAZOSO

Y SATÍRICO.

SONETO.

Botijo con bonete clerical,
Que viertes la doctrina á borbollon,
Falto de voz, de afectos, de emoción;
Lleno de furia, ardor y odio fatal;
La cólera y despique por igual
Dividen en dos partes tu sermon,
Que, por tosco, punzante y sin sazón,
Debieras predicárselo á un zarzal.
¡Qué prendas de orador en tí se ven?
Zazoso acento, gesto pastoril,
El metal de la voz cual de sartén,
Tono uniforme cual de tamboril.
Para orador te faltan más de cien;
Para arador te sobran más de mil.

CENSURA DE UNOS SONETOS ACRÓSTICOS.

OCTAVA.

Esos versos que ves tan adornados
No son efecto, Mirta, de gran ciencia;
Por pintor, no poeta, son formados,
Más que obra de talento, de paciencia;
Y aunque, hácia varias partes ordenados,
Siempre tienen su cierta inteligencia,
Y forman con las letras mil juguetes,
No son sonetos, sino sonsonetes,

TRADUCCION

del epitafio latino que el Bembo hizo á Rafael:

*Ille hic est Raphael, timuit, quo sospite, vincit,
Rerum magna parens, et moriente mori.*

TRADUCCION.

Aquí yace Rafael,
De quien natura, admirada,
Receló por su pincel,
Viviendo él, ser superada,
Y morir muriendo él.

ÉGLOGA

con motivo de la exaltacion al trono y proclamacion de nuestro
augusto soberano Carlos IV (1).

BATILO, DELIO.

BATILO.

¡De dónde, Delio amado,
Tan extraña alegría?
Poco há que en este sitio recostado,
Arreglando tu lira á tono triste,
Con fúnebre elegía
A toda la ribera enterneciste,
Moviendo tu lamento
A tomar interes en tus pesares
Al ledo Manzanares,
Que el pecho alzó del arenoso asiento;
Y ora, de gozo el rostro trasportado,
De hiedra y arrayán recién cortado
Rodeada la frente,
Festivo, sin cesar, alegre cantas,
Y á tu celeste esfera el són levantas,
Y el nombre carolino juntamente;
El nombre carolino,
Que en la ribera sueña de continuo.

DELIO.

No te admires, zagal, si en este día
Es mi gozo excesivo,
A tocar en locura;
Que es extraño el motivo,
Y á veces es cordura
Perder el seso. ¡Oh amada patria mía!
¡Oh felices edades,
En que la alma virtud es ensalzada
Y en trono real sentada!
Ya se ven humanadas las deidades
En medio de la plebe alborozada;
Ya torna el reino de Saturno y Rhea,
Y derrama Amaltea
Del rico don sagrado
Los bienes sin medida.
¡Oh dichoso el zagal á quien es dado
El comenzar la vida
En tan feliz momento!
Paced, paced, pastores, librémente,
Seguros de invasion de lobo hambriento;
Cantad alegremente
Nuestras glorias futuras,
Y el nombre carolino juntamente.
¡Oh dichas! ¡oh favores! ¡oh venturas!
¡Oh Carlos deseado! ¡oh dulce Luisa!
Venid, tiempos, venid á toda prisa.

BATILO.

Bien hiciste en decirme que no era
Locura consumada tu alegría;
Que por tal la tendria
Quien, como yo, te oyera
Decir cosas tan varias presuroso,
Sin proseguir alguna señalada
Ni hacer allí parada;
Cual en valle abundoso
Deja la hambrienta oveja mal pacida

(1) FRAY DIEGO GONZALEZ dejó sin concluir esta égloga.

La grama comenzada,
Del codiciado nácar atraída,
O cual la mariposa
Que toca en várias flores, desvelada,
Y en ninguna reposa.
¡De dónde, pues, tu falta de cordura?
¡Qué frenesí de nuevo te ha tomado,
Siendo pastor de juicio acreditado!

DELIO.

Pues qué, ¿no ves trocada la natura?
¡En el prado florido
No ves el resplandor, cuando á Diana
En diversion liviana
Defiene en látmos el pastor dormido?
¡No ves por los oteros
Saltar las corderillas,
Retozar los corderos,
Volar los colorines en cuadrillas?
¡No escuchas el divino, no aprendido,
Canto del ruiseñor, que la celosa
Consorte reconoce desde el nido,
Donde en cama mullida
Fomenta cariñosa
La familia, en los huevos escondida?
¡No ves subir al cielo, bordeando,
La calandria parlera,
En justa proporcion la voz alzando,
Y luego se descuelga á la pradera
Precipitadamente?
¡No es aquella que arrulla en nuestra estancia
La tórtola doliente?
¡Del monte en la ladera
No miras el almendro floreciente?
¡No sientes la fragancia
De las rosas que nacen por do quiera,
Y todo en medio del invierno crudo?

BATILO.

¡Tanto tu gozo enajenarte por
Que juzgues cosas tales
Las hogueras que en muestra de alegría
Encienden los zagales?

SATISFACCION DEL GENIL TRIUNFANTE

AL DARRO QUEJOSO (2).

¡Por qué te das tormento,
Darro, de que en el triunfo conseguido
Tu nombre no has oído?
¡Oh! deja la querrela y el lamento,
Y torna á dar contento y alegría
A tu angostura umbría;
Que si yo llevo el nombre en la victoria,
Del triunfo llevas tú toda la gloria.
Aunque del seno frio
Los dos nacemos de esa madre cana,
Plugo á la soberana
Mano de hacer los dos un solo río.
Para este fin el nombre tú perdiste,
Y gran caudal me diste;
Y yo el nombre te di para el intento,
Corto caudal, y tardo movimiento.
No tú, como el Segura,
Que el triunfo celebró de la insolencia,
Y puso la inocencia
En cadena insoluble y cárcel dura.
Por eso condenaron sus raudales
Los dioses inmortales
A ser de cara madre distraídos,
Y en las movidas tierras consumidos.

(2) La hemos copiado del manuscrito autógrafo que envió FRAY DIEGO á Jovellanos.

Á LA PAZ

ventajosamente concluida por Carlos III.

SONETO.

La guerra por un caso inevitable
Invadió la española monarquía,
Juzgando que aceptada, acabaría
De una vez con la gente miserable;
Y rehusada, al monarca respetable
La gloria militar rebajaría.
El pueblo ofrece á Carlos á porfia
Dones mil del tesoro inagotable
De su amor; y por Carlos negociada,
Viene la paz con palma de victoria.
La guerra cruel, huyendo apresurada,
Tantos despojos deja en nuestra tierra,
Que Carlos de la paz saca la gloria,
Y el pueblo la abundancia de la guerra.

ENDECHAS (1).

Á Mirta, ausente.

Por aliviar mis penas
Te escribo, Mirta hermosa;
Mas dudo del alivio;
Que la pena es mayor con la memoria.
¡Cuándo, mi dulce Mirta,
Cuándo será la hora
Que tu presencia amada
Alegre fin á mi amargura ponga?
¡Cuándo ahuyentarás, cuándo,
Tinieblas horrosas,
Que á un inocente pecho
Enriscosen, oprimen y sofocan?
Corre el tiempo á mis daños
Con planta voladora,
Y á mis placeres anda
Con planta lenta, torpe y perezosa.
¡Cuántas veces ¡qué dichal
A tu puerta amorosa
Llamo y digo: «Abre, Mirta,
Y ahuyenta con tu risa mis congojas!»
¡Y cuántas ¡dolor fiero!
Mirando tan remota
La esperanza de verte,
Lágrimas tristes de mis ojos brotan!
Ya fatigo los montes
Con voces lastimosas,
Pidiéndoles á Mirta,
Y tan sólo ecos tristes me retornan.
Ya de la cruel Diana
Me quejo; ya á la hermosa
Vénus suplico humilde
Que á mis amantes quejas corresponda.
Ven, pues, querida Mirta,
Y el mal que me devora
Truécalo en alegría
Con tu presencia dulce y amorosa.
Dios te guarde más años
Que hilos tienen las tocas
Del refulgente Apolo.
Tórmes, á dos de Enero.— *Quien te adora.*

A la noche funesta
Sucede el claro día,
Y torna á los mortales el consuelo;
La parda nube opuesta,
Que el aire enriscaba,
En gruesos hilos de agua baja al suelo,
Y se descubre el cielo;
Y la mar, alterada
Del vendabal furioso,
Recobra su reposo;
Sigue á la guerra cruel la paz amada;
Solo eterno percibo
De mi fortuna airada el ceño esquivo.

(1) Copiada de las poesías manuscritas que envió el MAESTRO GONZALEZ á Jovellanos.

LAS EDADES.

POEMA DIDÁCTICO.

LA NIÑEZ.

*Statís cujusque notandi sunt tibi mores,
Mobilibusque decor naturis dandus, et annis.
Reddere qui voces jam scilicet puer, et pede certo
Signal humum, gestit paribus colludere, et iram
Colligit, ac ponit temere; et mutatur in horas.*
(Horatius, *Epist. ad Pisones.*)

ARGUMENTO DEL PRIMER LIBRO.

- Núm. 1. Proposición.
2. Dedicación.
3. Recomendación de la materia.
4. Admirase la providencia de Dios en la creación del mundo y los entes que le ocupan, y sus desiguales en orden al hombre.
5. Complacencia del soberano Criador en sus obras.
6. Creación del hombre, compuesto de cuerpo y alma, y caos inmenso entre la materia y el espíritu.
7. Admirable providencia con que el Criador proporcionó estas dos partes, para que compusiesen un todo.
8. Prerogativas y felicidad del hombre en el estado inocente.
9. Degradación de la naturaleza por la desobediencia del primer hombre.
10. Males y miserias en que incurrió el hombre por su desobediencia.
11. Bienes naturales que quedaron en el hombre después de su degradación; sus excelencias, señorío, industria y talento para procurarse su felicidad por medio de la agricultura, comercio y descubrimiento de las artes y ciencias.

LIBRO PRIMERO.

1. Decir en verso grave, numeroso, Del hombre vegetal, y las sazones Por donde sin sentirlo es conducido, En cada edad notando las pasiones Que son propias, por dón raro y precioso Concede, ¡oh sábia Musa! y al olvido Entrega el verso blando que á mi lira Dictaste en vida umbrátil. (¡Ay locura, Con eternas lágrimas lloradal)
El verso didascálico me inspira, Mezcla la utilidad con la dulzura; La sola utilidad, que ni es tocada Del fuego celestial la mortal gente, Ni del sacro furor su pecho henchido Para otro fin; ni fuera conveniente Tratar asunto ménos importante, Por mis años á tal sazon venido, Que la cana en mi pelo ya ha nacido, Y va á surcar la ruga mi semblante.

2. Y tú, sabio Jovino, mi ventura, Gloria inmortal del legionense suelo, A quien la más sincera, la más pura Duradera amistad unió conmigo (Dón, entre cuantos dones debo al cielo, El más digno de prez); ora tasando Estés á la maldad digno castigo, Representando al Dios de la venganza; Ora con tierno pecho consolando De la vinda y el huérano el lamento; Ora examines en la fiel balanza Que te confía la divina Astrea, La dudosa razon con ojo atento Y pecho libre de pasión malina; Suspende por un rato la tarea Forense, en que te tiene sumergido El provecho común, y determina En el nuevo camino que has mostrado, Mis pasos áun dudosos; lo torcido Endereza, levanta lo abatido, Tilda con negra tinta el verso errado;

Infúndeme valor, si desaliento
En la ardua via por do va la gloria.
Yo extenderé del uno al otro polo
El nombre de Jovino, su talento,
Y de sus hechos la lucida historia.
Tuya es la idea, mío el verso solo;
Tus doctos pensamientos vé dictando;
Yo al dulce verso los iré acordando.

3. Así como un geógrafo erraría
Si mil reinos extraños describiera,
Al desprecio entregando el patrio suelo;
O como el padre, que curar debiera
De su casa la sábia economía,
Y la ajena mirase con desvelo;
Así nosotros (créeme, Jovino)
Erramos, ¡ay! erramos torpemente,
En objetos extraños consumiendo
De nuestro entendimiento el dón divino,
Que para el propio bien primeramente
Nos fuera concedido; ó discurrendo
Por las oscuras ciencias, comparemos
Unas cosas con otras vanamente;
O los ajenos hechos meditemos
En la historia, do el daño y el provecho,
La acción laudable con el torpe hecho
Confundidos están (el grande Apolo
Juzgue si ella es más útil que dañosa);
Sólo de nuestro sér, de nuestro solo
Vivir siempre olvidados, consumimos
La vida, sin saber cómo vivimos.
Como entre flores necia mariposa,
De objetos en objetos discurremos,
Sin tomar, cual abeja diligente,
A nuestro propio bien lo conveniente.

4. Que muy de otra manera meditaba
Nuestro común provecho aquel divino
Hacedor de las cosas que en su mente
Eternalmente concebido habia,
Y nada para sí necesitaba.
Rico, abundoso y en feliz destino,
Y todo el sér en sí lo contenia.
¡Oh dignacion! ¡Oh amable providencia!
¡Oh divino consejo, eterno y sabio!
¡Oh poder! ¡Oh bondad! del alto cielo
Envía la sagrada inteligencia,
Que purifique el torpe, inundo labio
Con fuego de tu altar, para que pruebe
Decir tus obras santas y desvelo
Paternal hácia el hombre; confundido
El sacrilego error, que al necio ateo
Dictó en secreto el corazón aleye,
Y el sistema orgulloso, que el oído
Cierra, cual áspid sordo, el sabio encanto
Del gitano pastor, del pueblo hebreo
Padre y legislador, que poseído
Del fuego celestial y sacrosanto,
Que arder, sin consumir la zarza, vido;
En la falda del Sina referia,
Prestándole atención la ruda gente,
Cómo el mundo en eterno horror yacia,
Y en la nada yaciera eternamente,
Si el soberano Autor no le extrajera
Del no sér, cual si allí ya sér tuviera,
Y sonando la voz omnipotente,
La universal materia salió fuera,
Aunque inerte, vacía, informe, impura,
La faz ceñida de tiniebla oscura.
¡Ah! cuán desaliñada y diferente
De como fué después que la adornara
Su espíritu divino, y la inspirara
Virtud, con luengas alas cobijando
La inmensa mole de agua, cual fecunda
Sus huevos la paloma al calor blando!
¡Cuánta virtud, cuán vária, la infundial
La luz clara salió de la profunda
Tiniebla, distinguiendo noche y día
Para el trabajo y ocio virtuoso.
Lo más puro del líquido elemento
Alzó en inmensa altura, y extendido
Cual magnífica piel el firmamento,
Cubrió el resto del sér en giro airoso;
El resto, que áun yacia confundido

En el centro, do tuvo inmóvil asiento
La tierra, que del agua separada,
Mostró la seca faz, y señalado
Fué el término en que el mar se contuviera,
Con ley eterna nunca traspasada.
Luego abrió de la tierra el seno amado,
Y explicó las virtudes que la diera
Su fecundo calor, y de verdura
Apareció vestida, y prometia
En esperanza el fruto sazonado,
Que sus especies propagar debía.
¡Oh, cuánta variedad! ¡Cuánta hermosura!
¡Qué grande utilidad! ¡Qué muchedumbre!
De cada vegetal! Allí fué hallado
Desde el humilde hisopo hasta el alzado
Cedro, que ostenta el libano en su cumbre.
Después adornó el cielo á competencia
Con lucientes estrellas, cuyo cuento
Sólo pudo saber su eterna ciencia.
El sol, padre del día, rodeando
La tierra en desvelado movimiento,
Los días numeraba, y declinando
Del Capricornio al Cáncer lentamente,
El año y sus sazones señalaba
La luna, de la noche presidente,
Sus luces recogiendo y dilatando,
Los tiempos y los meses anunciaba.
Entre tanto, del agua el seno blando,
Que el divino calor áun fomentaba,
Del sér un nuevo grado producía,
Capaz de movimiento y de sentido.
Los silenciosos peces por la fria
Cristalina region luégo giraron;
Y las canoras aves con ruido
Desde el agua tan rauda el vuelo alzaron,
Como si allí posadas estuvieran,
Y el trueno horrendo de arcabuz oyeran.
La madre tierra el nunca estéril seno
Abrió segunda vez, y en un instante
El anchuroso espacio se vió lleno
De animales en turba numerosa,
De cuerpo, astucia y sér desemejante,
Cual cierra la distancia prodigiosa
Del sutil arador al elefante,
Y del necio jumento á la raposa.

5. Como un sabio pintor, que concluido
El lienzo, largo tiempo meditado
Y con profundo estudio diseñado,
Atento lo contempla, y complacido
Nota lo definido en las figuras,
El canto desperfil de los contornos,
Lo sinuoso y plegado en los dintornos,
El ameno follaje en las verduras,
De la luz á la sombra la insensible
Degradación, la línea imperceptible
Con que el dulce pincel varió las tintas,
Que dan la suavidad y la belleza,
Y á veces contrapuestas y distintas,
Dando el claro y oscuro fortaleza,
Aumentan el relieve, y juntamente
Extienden las distancias luengamente,
Que al contrario suprimen á porfia
Los escorzos, con diestra economía;
Y mirando mil veces sus labores,
Observa cada vez nuevos primores;
Mira el todo, y se pasma; admira el arte
Llevado á perfección en cada parte;
Y tanta maravilla contemplando,
El semblante le baña el grande gozo,
Y en el pecho le bulle el alborozo...
Así el divino Artífice, mirando
De sus divinas obras la hermosura,
Orden y proporción, se complacia,
Y en ver todo lo hecho tuvo holgura.
Cada cosa por sí le parecia
Buena, y mirado todo juntamente,
Le pareció acabado y excelente;
Tanto, que el Criador se envaneciera,
Si en un Dios vanidad haber pudiera.
Y todo lo bendijo afablemente,
Mandando á los vivientes que llenasen
La ancha tierra, y su sér multiplicasen.

6. Y en tanto que los ángeles cantaban
Mil acordados himnos, y alababan
El divino poder, cual si acabado
Hubiera ya sus obras, en el pecho
Reservaba el Señor nuevo cuidado
Hacia el hombre, pues sólo á su provecho
Ordenaba su amor todo lo hecho.
Y con voz majestuosa y resonante,
Rebosando bondad por el semblante,
«Hagamos (dijo) al hombre.» Cesó el canto,
Sobrevino á los coros el espanto;
Y vieron admirados que inclinada
La inmensa majestad al bajo lodo,
Tomaba una porcion, y separada
Del resto, en forma airosa la pulia,
Cubriendo con rosada piel el todo,
Que innumerables partes contenia,
Cada cual destinada al propio oficio.
¡Qué connexion, qué orden, qué artificio
En huesos, nervios, venas se guardaba!
¡Qué belleza, qué talle y simetría
En todo el exterior manifestaba!
Mirado el bello rostro, parecia
Que en apacible sueño reposaba.
Mas ¡ay! que eternamente careciera
De toda sensacion y movimiento,
Y como estatua inánime yaciera,
Si el Criador, con su divino aliento
Soplándole en el rostro blandamente,
Espíritu inmortal no le infundiera;
Espíritu inmortal, alma viviente,
Del mismo que la hacia imagen clara,
Que apenas llegó al cuerpo (¡oh maravilla!),
Abrió los ojos, cual si despertara
Del sempiterno sueño, y prestamente
Doblando con respeto la rodilla,
Reconoció á su Dueño soberano,
Le amó con casto amor; agradecido
Besó la santa bienhechora mano,
Que le dió el noble sér, constituido
De materia y espíritu; porciones
De tan raras y opuestas condiciones,
Que de la una á la otra no se viene
Por graduacion, ni entre ellas se conviene,
Ni hay orden, proporcion ni analogía;
Que un infinito caos interviene
Entre una y otra, más intransitable
Que el grande espacio que imposible hacia,
Desde el pobre feliz al miserable
Sediento rico, que en la llama ardia,
El corto refrigerio que pedia
Para templar la sed intolerable.

7. Y con haber entre ellas tal distancia,
Tanta contrariedad y disonancia,
Las ayudó el Señor en amigable
Lazo con modo oculto y admirable,
Poniendo entre las dos tal dependencia,
Que á cualquiera impresion que recibiese
La materia, en el alma á competencia
Idea semejante se formase;
Y al contrario, si el alma precibiese
Tristeza ó alegría, resultase
Dolor ó gusto al cuerpo. Cual si viste
Alguna vez en lira resonante
Dos unisonas cuerdas, que si heriste
Una de ellas, la otra, aunque distante,
Hace el mismo sonido, alegre ó triste,
Sin ser herida; así las dos porciones
Humanas reciprocán sus pasiones,
Y se afligen ó gozan mutuamente,
Viendo que el daño propio ó el provecho,
Del de su compañera es dependiente,
Y á su cooperacion funda derecho;
De do viene el temor de separarse,
Y dulce precision de siempre amarse.

8. Mas, ¿quién podrá explicar el abundoso
Dote con que fué el alma enriquecida
Para este desposorio? En dón precioso
La original justicia fué añadida,
Que el orden y armonia conservaba,
Y con doradas riendas sujetaba
La inferior turba de apetitos varios,

Para que ni rebeldes ni contrarios,
Del racional deseo desdijesen,
Y siempre á la razon obedeciesen;
A la razon, que á todo presidia,
Cual sol en claro cielo, y procedia
Ilustrada con ciencia suficiente
Para poder vivir virtuosamente.
Ni allí el grosero error, ni la enemiga
Pasion ó enfermedad poder tuviera
Para impedir la concertada liga.
Ni el conocer y obrar lo que era justo;
Gozando el hombre libertad entera,
Propia del sano estado y ser robusto;
Pronto siempre el auxilio soberano,
Sin el cual, por su culpa no cayera,
Y queriendo, con él permanciera,
Y obrara el bien con vigorosa mano;
Pues fácil le era el bien, que la traidora
Ley de los miembros contradice ahora.

9. Así vivia en venturosa suerte
El primer hombre, y nada perturbaba
La dulce posesion de su contento,
Libre de enfermedad y fiero muerte,
Que el perdido vigor le reparaba,
Y contra la vejez le aseguraba
Del vital leño el pródigo alimento;
Y el rico patrimonio que gozaba,
Unido con la amada compañera,
A la futura gente transfundiera,
Si el precepto tan fácil como justo
Del supremo Señor no traspasara,
Y de tan alto bien no le privara
Del soberbio Satan el triunfo injusto,
Con astucia traidora conseguido;
El triunfo injusto, que con grave canto,
Interrumpido á veces con el llanto,
Y laud triste sábiamente herido,
Lamentaba con verso numeroso
En la orilla del Támesis nuboso
El religioso Milton; y al sonido,
Sus rubias ninfas la cabeza alzaban,
Y á la historia tristísima atendian,
Y con profundos ayes renovaban
La memoria del dulce bien perdido,
Mirando al Padre, cuya urna benchian
Con el cósioso llanto que vertian.

10. Cual máquina exquisita, que el talento
Del exacto Elicot con lenta mano
Complicó sabiamente, y conformaba
Con la luz celestial su movimiento,
Y en breve espacio en orden soberano
De los celestes orbes limitaba;
Y tal vez roto el muelle de violento
Golpe, ú de mano rústica partida
La preciosa cadena, cesa el orden,
Y todo es confusion, todo desorden;
Así la mano de Satan grosera
Perturbó la armonia establecida
Por el Autor divino, quebrantando
La justa rienda, que enfrenar debiera
Al apetito bruto, que usurpando
Los ajenos derechos, tomó el mando;
Quedando la razon en suerte triste,
Ciega, débil, confusa, y á la hora
Hecha una vil esclava, de señora.
¡Oh amarga culpa! ¡Cuánto mal trajiste
Al hombre en breve! Tú le derrocaste
Del no entendido honor en que vivia,
Y al jumento insipiente le igualaste;
Tú el sagrado derecho le robaste
De hacer con mano fácil, si queria,
El bien, que obrar en vano oia porfia,
Si el rayo celestial, nunca debido,
La razon tenebrosa no esclarece,
Y el corazon helado no enardece,
Tú con furor, con espantoso ruido
Corriste los cerrojos eternos
Del horroroso abismo, do cerrados
Tenia el soberano Autor los males,
A prision sempiterna condenados,
Si tú los duros hierros no rompieras,
Y el indulto fatal le concedieras,

PINTURA DESEADA.

Si la efigie verdadera
De Mirta se ha de formar,
Debe el cielo aparejar
Todo el lienzo de su esfera.
Es preciso que el sol diera
Sus rayos para pinceles,
Color sus virtudes fieles,
Su grande prudencia el tiento,
Digna idea su talento,
La mano el supremo Apéles.

A UNA SEÑORA

que se quejaba de que hubiesen tratado á otra ántes que á ella.

Si un caminante penára
De sed, y junto al camino,
Por acaso peregrino,
Una fuentecilla hallára,
Y no siendo la más clara
El agua, bebiera aquí.
Aunque no léjos de allí
Otra mejor agua hubiera,
¡Extrañáras que bebiera?
Pues esto me pasa á mí.
Si un infeliz naufragára,
Y á una tabla que encontrase,
Gustoso la mano echase,
Y así la vida salvára,
¡Hubiera quien lo extrañára,
Ni juzgara frenesi
Porque tal vez por allí
Pasara un barco pudiera,
Que al puerto le condujera?
Pues esto me pasa á mí.
Yo soy aquel caminante
Á quien la sed desalienta,
Y en amorosa tormenta
Soy infeliz naufragante.
Ya os he dicho lo bastante
En comparaciones dos:
Hablad, Señora, por Dios;
Que ese silencio me abrasa.
Eso es lo que á mí me pasa;
Decid lo que os pasa á vos.

A LA NOCHE,

PINTADA POR J. VERNET.

DÉCIMA.

¡A qué luz examinaste,
Gran Vernet, la noche oscura,
Que en tu famosa pintura
Tan al vivo la copiaste?
Si de noche la pintaste,
¡Qué luz tu pincel guió?
Si de día, no sé yo
Cómo tanta oscuridad,
Juzgándola realidad,
Su luz no la disipó.

A DON BARTOLOMÉ VAZQUEZ,

HABIENDO GRABADO LA LÁMINA DE SAN AGUSTIN.

QUINTILLA.

Grabaste, ¡oh Vazquez divino!
Esta vez con tal primor,
Que en tu buril peregrino,
Con ser tan grande Agustino,
Parece mucho mayor.

AL PENSAMIENTO.

ODA.

Cesa ya, pensamiento,
Cesa siquiera un rato
De aumentar mis temores
Con proponer mis daños.
Deja de repetirlo;
Que ya tengo notado
Ser propia la mudanza
De todo bien criado.
Ya sé que el sol hermoso
Con círculo diario,
Si brilla en el Oriente,
Se ofusca en el Ocaso.
Ya de la luna bella
He advertido en los cuartos
Crecientes y menguantes,
Alientos y desmayos.
Sé que á la primavera
Signe el seco verano,
Y la noche funesta
Al día alegre y claro.
Y aún sé que aquestas cosas
(¿Cómo podré negarlo?)
Son imagen muy viva
Del bien que yo idolatro.
Mas ¿qué ventajas logras
De lo que yo te alargo,
Si las copia en lo bello,
No en lo mudable y vario?
Es sol, mas siempre fijo;
Es luna sin desmayo,
Es primavera eterna,
Es día perpetuado;
Pues cesa, pensamiento,
Cesa siquiera un rato
De aumentar mis temores
Con proponer mis daños;
Que siendo de constancia
Mirta prodigio raro,
Ni ella puede mudarse,
Ni yo puedo pensarlo.

EN LOS DIAS DE LISI.

No sale tan gallarda
Por las doradas puertas,
Del Oriente la aurora
En las mañanas frescas,
Como hoy en las orillas
Del Tajo te presentas,
Oh bella Lisi mía,
A celebrar tu fiesta.
Al paso que los giros
De la celeste rueda
Tus bellos años forman,
Tus claros días cuentan,
Con pasos florecientes
Tu verde primavera
Va caminando al grado
De juventud perfecta.
El tiempo, que grosero
Castiga otras bellezas
Con canas que envilecen
O con rugas que afean,
Va pintando en tu rostro,
Con mano sabia y diestra,
Mil gracias peregrinas,
Mil perfecciones nuevas.
Brilla en tu frente hermosa
La luz muy más serena;
Ni más resplandeciente
Su rostro al cielo muestra
La luna plateada,
Que el tuyo tú á la tierra
Do imprimen hoy tus plantas
La delicada huella.
Los ojos... Musa mía,
¿Cómo mi voz pudiera

FRAY DIEGO GONZALEZ.

Pintar los rutilantes
Ojos que en pos me llevan?
¿Quién me dará que junte
Del sol la luz inmensa,
La sombra de la noche
Y el fuego de la esfera,
Para pintar sus brillos,
Su gracia y su viveza?
Juegan sobre tu boca
Las risas halagüeñas,
Y en el ebúrneo pecho,
Tesoro de belleza,
Derrama su blancura
La cándida azucena.
¡Ay tristes, ay dichosos
Los ojos que te vean!
Dichosos si te agradan,
Tristes si los desprecias.
Aun en la ausencia dura
Mi alma los contempla,
Y su luz la embriaga,
Sus llamas la penetran.
Mil veces bienhadado
El jóven que merezca
El gozar para siempre
De tu amable presencia.
Logrado habrá en ti sola
(¡Oh venturosa estrella!)
Un cielo, un sol, un fénix,
Y un diamante en fineza.
Nunca tan claro cielo
Las nubes oscurezcan,
Y sol tan refulgente
Jamás ocaso tenga.
Tu vida á los diamantes
En duracion exceda,
Y la ficcion de Arabia
En ti verdad se vea,
Y tus amables padres,
Con tus hermanas, sean
Testigos oculares
De edad tan duradera.
Esto escribia Delio
A su pastora bella,
Y en verso lo escribia;
Que, como en tanta fiesta,
De gozo pierde el juicio,
Por eso dió en poeta.

EL DIGAMOS,

Ó EL AMOR, DE MIREO (1).

Digamos, blanda Musa,
Digamos de Mireo,
Digamos el fracaso,
Digamos el suceso.
De Mireo y Cupido
Digamos y cantemos,
Del uno la venganza,
Del otro el escarmiento.
De Mireo *digamos*,
Filósofo severo,
Que amar juzgó delito
Ajeno de hombre cuerdo;
De aquel que motejaba
Con risa el embeleso
De Batilo en Ciparis,
Y en Mirta el de su Delio.
Digamos cómo un día
El dios alado y tierno
Tomó justa venganza
Del estoico Mireo,

(1) Esta es una de esas composiciones de poesía íntima y familiar que pierden el interés y una parte de su donaire, pasada la oportunidad. Está dirigida al padre Miras, á quien FRAY DIEGO GONZALEZ escribía casi siempre en tono chancero. La publicamos ahora, signiéndolo, en parte, el manuscrito que envió el mismo FRAY DIEGO á Jovellanos.

Que en la orilla del Bétis

Andaba descubriendo
De la naturaleza
Los ocultos efectos.
Digamos que Trudina,
Por un casual encuentro,
Le dió materia hermosa
A su empezado intento.
Quiso advertir en ella
Cuál era aquel veneno
Que de los hombres turba
Los no acordados pechos.
Y como el otro sabio,
Observador protervo,
Que intentó del Vesubio
Comprender el misterio,
Escaló la alta cumbre,
Y averiguar queriendo
Del incendio la causa,
Pereció en el incendio;
Así las perfecciones
Contemplando Mireo
De la sin par Trudina,
Notó un extraño cerco,
Sobre la frente hermosa,
De pelo corto y crespo;
Paróse á ver la causa
Del bello fenómeno.
¡Ay triste! que era el arco
De do el niño severo,
Que en pos de la pastora
Tiraba el crudo nervio,
Le disparó una flecha,
Y atravesado el pecho,
Sobre la verde grama
Cayó el triste Mireo.
Y el dios, no bien vengado,
Tomó un solo cabello
De la madeja hermosa
De la pastora, y presto
Le ató de piés y manos,
Y con burla y desprecio
Se lo entregó á Trudina
Como manso cordero.
Y dando carcajadas,
Volvióse el niño al cielo
A consolar la pena
Del corazón materno.
Y del vecino bosque
Sin número salieron
Pastores y pastoras
A celebrar el hecho.
Ellas forman mil corros,
De las manos asiendo,
Y airosamente danzan,
Hollando el prado ameno.
Los pastores cantaban
Muchos discretos versos;
No me acuerdo de todos,
Diré los que me acuerdo.
«Nadie el amor rehuya,
Ni burle de su imperio;
Quien presume de estoico,
Téngasele por necio.
»Nunca digais, pastores,
Cuando no estais sedientos,
Y aún viendo el agua turbia:
De aquí no beberemos.»
Esto *digamos*, Musa;
Siempre *digamos* esto,
Y nunca más *digamos*,
Y no *digamos* menos.
Digamos... Pero cesa,
Musa; que si Mireo
Tuviera más *digamos*,
Más *digamos* diríamos.

A LA QUEMADURA

DEL DEDO DE FILIS.

El caso que ha pasado
Contigo, Filis bella,
Por más que tú lo afirmes,
No es fácil que lo crea.
¿Cómo podrá creerse
Tan extraña quimera
Cual es el que á la nieve
El fuego abrasa y quema?
Pues tanta repugnancia
El caso representa
De que á uno de tus dedos
La llama se le atreva;
Por más que negra cinta
Le ciñe y le rodea,
Y por la cruz del lazo
Lo jura y lo protesta,
Nunca creeré tal cosa
Mientras que no te vea
Aprender de tus daños
A ser menos severa.
Con los que tus dos ojos
Abrasan y atormentan;
Que semejantes casos
Al mismo amor enseñan
A templar sus rigores
Y suavizar sus flechas.
Escucha, Filis mía,
El caso que se cuenta
Del hijo de la diosa
Que en Pafos y Gnido reina,
Dejando á un lado el arco,
La aljaba y las saetas,
Cogiendo andaba flores
Cupido en una selva.
Vido una fresca rosa
Que la prision estrecha
Del capullo rompía,
Esparciendo bellezas,
Cortóla, y en su centro
Vió una oficiosa abeja
Que dulce miel libaba
Y la dorada cera.
Tomóla por las alas
El niño incauto, y ella
El aguijón esgrime
Con tanta violencia,
Que en uno de sus dedos
Clavado se lo deja.
Con el dolor insano
El tierno dios se queja,
Turbando con sus horros
Los cielos y la tierra.
Volando por los aires
Con voces lastimeras
Fué en busca de su madre;
Y puesto en su presencia,
Con tiernos puchericos
Le cuenta su tragedia.

COMPOSICIONES VARIAS.

Mas la prudente diosa,
Entre tierna y risueña,
Le dice: «Aprende, hijo,
A usar de más clemencia
Con los flacos mortales,
Que imperioso atormentas.
»Pues si la leve punta
De una mosca pequeña
Te causa tanto daño,
Que el dolor te enajena,
»¿Qué sentirán los hombres
Cuando de tus saetas,
Del duro arco enviadas,
Penetrados se vean?»
Desde entonces Cupido
En su daño escarmienta,
Y hierre menos veces
O con menos fiereza.
Así tú, ó más piadosa
Ya desde hoy te nos muestra
Con los que de tus ojos
Abrasan y atormentan;
O el caso que ha pasado
Contigo, Filis bella,
Por más que tú lo afirmes,
No es fácil que lo crea.

A LISI, MALAGUENA.

Ni la rubia Calipso
Mostró mayor ternieza
Cuando de la isla Ogrigia
Ulises se le ausenta;
Ni la famosa Dido
Hizo mayor fineza
Subiendo al alto techo
A ver partir su Enéas;
Como ha debido á Lisi,
Divina malagueña,
El malhadado Delio,
A quien la suerte fiera
Dió la dicha de amarla
Al tiempo de perderla.
Yacía en blanco lecho...
¡Oh Delio! ¿cuánto yerras,
Pues dices que yacía
La vida que te alienta!
En blando lecho estaba,
De mil cuidados llena,
Que el sueño de la noche
De sus ojos alejan.
El ruido del caballo
Lleva la triste nueva
A Lisi de que Delio
Para siempre se ausenta;
Y toda poseída
De singular fineza,
El frío despreciando
(Que otro fuego la quema),
Salta del casto lecho,

Sin buscar más decencia
Que la que al acostarse
Previene una doncella.
El cabello sin orden
Claramente demuestra
Cuánto aventaja al arte
La fiel naturaleza.
El cambray delicado,
Avaro y cruel, intenta
Cubrir el blanco pecho,
Tesoro de belleza,
Y en parte lo consigne,
Pero á la vista deja
Dos breves hemisferios
De nieve, que le afrentan.
De la breve cintura
Airosamente cuelgan
Los lienzos que á los ojos
Roban mejor Elena.
Nunca la fresca aurora
Se levantó tan bella
A desterrar las sombras
De la noche funesta;
Jamás la blanca Tétis
Cumplió su anual promesa
Al sepulcro de Aquiles
Con tanta gentileza;
Como por dar á Delio
La vista postrimera
Salió del lecho Lisi.
¡Oh Musa, si la vieras!
La cerrada ventana
Con presta diligencia
Abre, se asoma, mira;
No ve á Delio; ¡qué pena!
Mas ¿cómo era posible,
Si en una sazón mesma
El alba se levanta
Y la noche se ausenta?
Lisi se vuelve al lecho;
Delio triste se aleja,
Entonces ignorante
De tamaña fineza.
Mas luego noticioso,
Siente al doble la ausencia,
Se queja de su suerte,
Blasfema de su estrella,
Y al aire vago esparce
Tristísimas endechas.
Vé á Málaga volando,
Mi dulce cantilena,
Y goza la ventura
Que á tu amor se le niega,
Y si logras la dicha
De llegar á las bellas
Manos de Lisi hermosa,
Mil veces se las besa;
Y vuelve luego, luego,
A traerme las nuevas,
Alegres, si te acoge,
Tristes, si te deshecha.